

Burgaleses ilustres en América

(Conclusión)

LAMADRID BURGOS, FERNANDO. — Fue eficaz colaborador del Padre Francisco de San José Jiménez, fundador del celeberrimo Convento Franciscano de Santa Rosa de Ocopa en el Valle de Jauja (Perú). Dicen sus historiadores que resplandecían en él las virtudes religiosas y apostólicas en grado heróico. Fue nuestro paisano, durante largos años, Presidente de las Misiones de Tarma y Jauja. Fundó en 1723 entre los belicosos y altivos indios campas el pueblo y misión de Jesús María en las inmediaciones de los ríos Ene y Perené. Bautizó en ese mismo año al cacique de los «antis», facción de los Campas, al que puso su nombre y apellido Fernando Torote, siendo un acontecimiento este bautismo y presenciado por muchísimos indios. En la primavera del año 1724 recibió del cacique o curaca de la tribu de los «piros» una embajada, por la que le avisaba que su gente se moría por la peste y que según oía decir a los ya cristianos, que su gente se perdía toda, y que pedía que fuese a enseñarles cómo debían bautizarse. El P. Fernando, creyendo en la sinceridad de esta embajada pira (nación fiera y desleal), alegróse mucho y dió gracias a Dios de que así hubiese dispuesto los corazones para su incorporación al cristianismo. A la brevedad posible, dispuesto el viaje, se embarcó el 10 de marzo de 1724 con otros tres religiosos. En dos canoas y siete balsas partieron alegres llevando lo necesario. Al segundo día de viaje, de improviso, les sorprende una lluvia de flechas, quedando muerto de inmediato el P. Fernando y casi todos sus compañeros. El resto huye como puede, pero los indios agresores, que son los piros y mochovos, les van dando alcance. Cerca de Jesús María matan a los dos hermanos legos a lanzadas, y al cabo de algunas horas no queda con vida ninguno de los que salieron en la expedición. Quien tramó esta emboscada fue el mismo curaca Fernando Torote, infiel y traidor a sus promesas, y secundado por

un hermano suyo, fingieron la embajada, se coaligaron con los puros y mochos y llevaron a efecto la matanza. Cuando el P. Fernando sellaba sus labores apostólicas con el martirio, tenía solo 48 años.

M. R. P. AGUSTIN LOPEZ PARDO, Misionero franciscano.— Llegamos a la última parte de este estudio. Una feliz coincidencia da mayor importancia y oportunidad a lo que voy a decir sobre uno de los más esclarecidos burgaleses del presente siglo en el Perú; el M. R. P. Agustín López Pardo, misionero franciscano, explorador, maestro, escritor y pionero de la selva peruana por espacio de casi medio siglo. Tiene la particularidad este relato que permanecen inéditos la mayoría de los datos que sobre este insigne misionero voy a exponer.

Nació el P. Agustín López Pardo en Palacios de Benaber, el día 24 de agosto de 1872, del cristiano matrimonio de Ezequiel y Gabina, recibiendo en el bautismo el nombre de Luis el día 25 de agosto, o sea al día siguiente de nacer, según la partida que se encuentra en el libro VII, folio 197, num. 208. Fue confirmado por el Arzobispo de Burgos Dr. Atanasio Rodrigo, en el Monasterio de las Huelgas, de Burgos. Vistió el hábito franciscano en el convento de La Aguilera, el 13 de julio de 1889. Su vocación, decididamente misionera, le llevó al Perú, donde pasó el resto de su vida, sin regresar nunca a España, mereciendo el calificativo de «el misionero más grande del Oriente peruano en su secular y gloriosa historia misionera». Estando de familia en el Convento Franciscano de la Recoleta de Arequipa, pidió insistentemente a sus superiores ser destinado a las misiones entre infieles. Como no se le concedía dicha licencia, acudió al M. R. P. Superior General de la Orden, obteniendo al fin la esperada obediencia, con lo cual se internó en las selvas amazónicas peruanas, evangelizadas y regadas con la sangre de 71 mártires franciscanos y por la paciencia y heroísmo de miles de hijos de San Francisco. Imposible relatar en una conferencia los cuarenta y cuatro años colmados del P. López, transcurridos en constante navegar y hacer vida misionera proficua. Basten estos ligeros apuntes. No son palabras más, que podrían tomarse por exageradas o apasionadas, por ser el gran misionero franciscano y burgalés, como el que os habla; son frases de extraños, dichas y publicadas por laicos y religiosos, gente sencilla unos, representantes a Congreso otros, como el diputado por Loreto, Dr. Ricardo Cavero Egúsqiza, que a raíz de la muerte del P. Agustín López, escribió: «El P. López, ávido de conquistas para la fe religiosa, decidió internarse en nuestras selvas, siguiendo el hermoso ejemplo de muchos otros misioneros franciscanos, que, a base de arduas luchas y heroísmo, realizaron empresas notables dignas de admiración, para hacer fructífero y fecundo cristianismo en aquellas tierras. En el

año 1902 el P. López convierte en campo de su acción evangelizadora la región del Bajo Uyacali, estableciéndose en un lugar muy cerca de la estancia de propiedad particular, en la desembocadura del río Tapiche, en el Uyacali. Fundada la misión franciscana en ese paraje, bajo los mejores auspicios, prometedor y floreciente, al pueblo se le da el nombre de «Requena», en recuerdo del enviado del rey Carlos IV, Teniente Coronel Francisco de Requena, autor de los informes que sirvieron de base para la creación del Gobierno de Magnas, el mismo que, a mérito de la real cédula de 1802, pasó a formar parte del virreinato de Lima. Desde entonces el P. López, con constancia y energía de un verdadero apóstol, venciendo todas las dificultades del medio, despliega sus actividades. Catequiza nativos, suministrándoles la enseñanza evangélica, y lo que es igualmente meritorio, explora ríos, abre nuevas rutas, descubre tribus desconocidas, aportando así un contingente valioso a la geografía, a la historia y a otras disciplinas nacionales. Baste mencionar en esta ocasión sus expediciones realizadas con los PP. Leonardo Díaz y Enrique Leuque por los ríos Tapiche, Blanco y Gálvez en toda extensión, explorando todas las zonas del Yavarí, con el fin de poder desempeñar con más eficacia su ministerio apostólico.

El P. López, aprendió diversos dialectos de los infieles; es así como escribió un catecismo de la doctrina cristiana en cunivo, dialecto que dominaba a la perfección. También escribió un diccionario cunivo-español y otro español-cunivo. Deja escrito además el Padre López un diario que comprende los 44 años de su vida de misionero en la selva, el cual contiene interesantes, curiosas y pintorescas anécdotas e historias de esa región.

El P. Nicolás Giner y Gomis, otro Misionero Franciscano que tan infatigablemente ha trabajado por el engrandecimiento de nuestra selva, especialmente en Requena, y que ahora se halla en retiro bajo el peso de los años y de las enfermedades contraídas en el cumplimiento de su nobilísima misión, al referirse al P. Agustín López, en un reportaje publicado por la revista «Mundial», el 24 de agosto de 1928, dice lo siguiente: «El P. López vive con nosotros en Requena, es un hombre admirable, merecería que se le erigiese un monumento. Hace 25 años que recorre el río en una pequeña canoa, llegando a las más insignificantes chozas de indios en peregrinaje de bien. Lleva a todas partes la fe; bautiza, casa, predica, funda, pueblos etcétera. Es un ser extraordinario. Todos le quieren y él ama entrañablemente a la Montaña». No se puede uno formar idea cabal de la obra misional, exploradora y civilizadora del P. Agustín López Pardo, sin conocer la geografía, ambiente y clima en que desarrolló su actividad: Es el Oriente Peruano una región inmensa, extensa como España, cubierta totalmente de selva virgen, de árboles gigantescos entrelazados por lianas de innume-

rables clases; sus bosque no permiten caminos, no tanto por sus árboles, sino por los inmensos pantanos o «aguajales» y porque en un 60 por 100 es terreno bajo, periódicamente inundado todos los años por los ríos que se desbordan. Toda esa inmensidad verde sólo se interrumpe por las aguas de color barroso de sus innumerables y caudalosos ríos, entre los cuales destaca el majestuoso Ucayale, que al juntarse con el Marañón, forman el río Amazonas, el más grande del mundo.

Las distancias no se miden por kilómetros o leguas, sino por «vueltas del río» o por horas y días de viaje. La navegación es el único medio de movilidad y la canoa el vehículo de locomoción, que es una pequeña embarcación de unos 5 a 10 metros de larga, y de anchura suficiente para que se siente una o a lo más, dos personas juntas. El clima es tropical, cálido y sumamente húmedo. Su temperatura oscila entre los 23 y los 35 grados cc., a la sombra. Las lluvias son frecuentes en la estación (medio año) llamada de «verano», y torrenciales en la otra estación (otro medio año) llamada de «lluvias»; éstas producen las crecientes de los ríos.

Como los terrenos son completamente llanos, el curso de los ríos es tortuoso y zigzagueante, formando grandes curvas o «vueltas» que prolongan desesperadamente las distancias, dándose el caso frecuente de que yendo por el vado o «varadero» a pie se tarda una hora, y por la vuelta, siguiendo el curso del río, un día entero. Las aguas corren por la gravedad, por la velocidad que traen de las partes altas, por el empuje de la gran masa y de los afluentes que constantemente se le unen, pues el declive es insignificante, apenas 60 metros cada mil kilómetros.

Todos los viajes del Padre López fueron en canoa, acompañado de dos o tres muchachos menores de 16 años. En la canoa llevaba los libros de bautismo, confirmaciones, matrimonios, y su famoso diario, que no dejó de recibir sus apuntes ni un solo día, en tan larga vida misionera. No sabía nadar, cosa increíble en esos lugares y, sin embargo, nunca perdió un solo libro, ni una hoja de su manoseado diario, escrito a lápiz o pluma al terminar el día; unas veces, en las cálidas playas donde acomodaba sus huesos a la luz de la lumbre que, para hacer su parquísima cena, prendía, y otras, a la mortecina del «mechero» de kerosene de las chozas donde se hospedaba.

El P. López se hizo todo para todos y como todos. Pasaba muchas horas y hasta días enteros remando personalmente, con los pies hundidos en el agua que por la lluvia o grietas invadía el fondo de la canoa, y con la ropa empapada por algún aguacero, o encogido y casi inmóvil mientras los remeros la hacían deslizar lenta y suavemente por los gigantescos ríos y «cochas o lagunas de la selva, que son en grado sumo poéticas, ya que poesía hay en abundancia en la selva, pero, sin embargo, no es encantado-

ra, pues hay mil cosas que la hacen no poco molesta, como las aguas muertas, a veces malolientes, los animales nocivos y alimañas que abundan por doquier, los lagartos o cocodrilos, las diversas malignas víboras y, sobre todo, las nubes de insectos, zancudos o culex, los mosquitos «manta blanca», los tábanos, las mil variedades de hormigas, etc., que, uniéndose al calor bochornoso, hacen la vida penosa, casi insoportable, a quien no tenga el conformismo de ancestral indolencia de los nativos o el espíritu templado y paciente de un P. López o de otros misioneros que; como él, supieron aplicarse la única medicina eficaz: la paciencia sin límites.

Las costumbres de los selvícolas, tan diferentes de las de Europa, debieron extrañar al principio al Padre López, pero llegó a amoldarse a ellas de tal modo que su adaptación fue perfecta, viviendo con los cocamas, piros o shipibos sin la menor repugnancia, hasta el extremo que podía pasar como ellos sentado en cuclillas, horas y horas, sin que para él fuera suplicio, sino descanso. Las comidas siempre pobres, poco variadas, a veces repugnantes, no afectaban a su estómago, hasta el punto de no recibir con el mismo agrado las condimentas de los civilizados.

Verdaderamente se hizo carne en el Padre López la «paciencia franciscana, pues no se concibe de otra manera que con medios tan rudimentarios como una frágil y lentísima canoa recorriera distancias de más de 2.000 kilómetros, no una vez, que el fin podría hacerse como deporte, sino muchas veces durante sus 44 años de misionero, pasando en viaje dos o tres meses seguidos, y permaneciendo en su sede misional de Requena sólo el tiempo necesario para preparar una nueva expedición apostólica. Recorrió todo el largo río Ucayali, el Urubamna hasta el pongo de Mainique; el Tambo, el Apurimac, el Pachitea, el Ahuaitía, el San Alejandro, el Tamaya, el Maquía, el Pisquí, el Pacaya, el Tapiche, el Blanco, el Gálvez, el Marañón en buena parte, el Yavarí y tantísimos otros ríos menores.

El número de tribus que visitó y con quienes tuvo estrecha relación es también muy grande: mayos, huitotos, remos, aguarunas, ashipibos, setebos, cubivos, campas, piros, amahuacas, machiguengas, cocamas, a los que trataba como verdaderos hijos y afectuosamente los llamaba «sus cananeos».

Tal era el ascendiente que tenía el Padre Agustín entre los indios, que prácticamente le tenían como de la familia, aunque siempre en medio de la más absoluta confianza y con el mayor respeto; como ellos, no entraba por la puerta de la casa, cuando la tenía, sino por la de la cocina; se sentaba sobre un tronco o en el suelo, comía lo que le ponían, sin echar de menos la mesa, los manteles y ni siquiera los cubiertos; departía con ellos sobre sus problemas de caza, pesca y sembríos; se interesaba por la salud y paradero de cada uno de los miembros de la familia; les pregunta-

ba si los hijos estaban o no bautizados, si asistían no a la escuela; qué dificultades se les presentaban en los problemas del caserío, si había epidemias o esperaban alguna de arriba o de abajo del río, y otros sencillos asuntos, que al fin eran y son los problemas diarios de esas pobres y sencillas gentes. El mismo dominio de la lengua que poseía le facilitaba esta labor paternal, ya que si en todas partes pasa lo mismo, entre los indios la diferencia de lengua significa diferencia de costumbres, ideas, problemas y aspiraciones.

Han pasado 13 años de su muerte, acaecida en Iquitos el 14 de julio de 1946, y aun está viva, vivísima y lamentada en todos los corazones de los Ucayalinos la memoria del Padre Agustín. Pero si su recuerdo vive todavía, más perenne aún es el recuerdo de su obra.

Ahí están los escritos suyos en lengua cuniva. Ahí, en los archivos parroquiales se leen los nombres de los 50.000 bautizados y los miles de matrimonios, confirmaciones y demás Sacramentos administrados en medio de circunstancias con frecuencia extraordinarias, peligrosas y hasta heroicas, puesto que multitud de veces expuso su vida y desafió la muerte por cumplir su sagrado ministerio, con la particularidad propia de las almas grandes, que realizan obras heroicas con la mayor naturalidad, como si ese fuera el ambiente propio.

Su apostolado y evangelización no se circunscribía a la iglesia o capillas donde celebraba los divinos oficios. Eso hubiera sido casi nulo en ese ambiente de misión entre fieles de muy poca cultura religiosa e infieles totalmente ignorantes. Su carácter, dotado de un extraordinario don de gentes, actuaba mejor en medio de las conversaciones de ambiente familiar o en las sobremesas, o en los viajes, fuera en lancha o en reuniones. Ahí era el Padre Agustín el Padre bondadoso, para quien nadie tenía recelo o desconfianza, sino completa seguridad de verse con un ministro de Dios con entrañas de padre.

Lo mismo era recibido por los indios, en sus misérrimas chozas, que por los hacendados o dueños de fundos, en sus casas. Nadie podía dejar de admirar esa abnegación sin límites de este hijo de San Francisco.

Llegó a identificarse en tal forma con los cocamas, numerosa tribu del Bajo Ucayali, que los consideraba como hijos suyos, y su amor hacia ellos era tan intenso, y diríamos dramático, que no podía vivir aún físicamente sin poderlos visitar. Cuando en dos oportunidades tuvo que viajar a Lima para atender su salud quebrantada, suspiraba regresar a las riberas del Ucayali, convencido que su misión era evangelizarlos y conducirlos por el camino de la civilización y cristianismo. Cuando en cierta ocasión un coche le atropelló y los que le atendían, viendo la gravedad de las heridas, llegaron a decir: «se muere irremisiblemente», él, abriendo los ojos, les contestó: «No se preocupen, que morir sólo moriré entre "mis cananeos" y no aquí, en Lima, donde hasta la muerte tiene carácter de fingimiento», Sanó y regresó a las chozas de «sus cananeos».

Habiendo estado enfermo durante algún tiempo, bajo atención médica, en la capital, luego que se sintió mejor, fastidiado de la vida muelle que llevaba, obtuvo certificado médico en el que se acreditaba que ya podía volver a sus misiones, con lo cual se presentó al Superior Provincial, que en esa oportunidad era el que os habla, solicitando que se le autorizara emprender viaje cuanto antes. «porque sus cananeos estaban solos hacía ya mucho tiempo».

Si como misionero fue admirable, como explorador fue, sencillamente, intrépido y arriesgado, no con temeridad, sino como algo que consideraba lo más natural en un misionero franciscano, heredero de las glorias de tantos hermanos suyos, exploradores de tierras y buscadores de indios en la selva.

En el año 1903, sin mayores preparativos, confiado sólo en la Providencia, emprende una arriesgada exploración de tiempo indefinido y por lugares inexplorados, saliendo de lo que hoy es Requena, que no era más que unas miserables casas en la confluencia de los ríos Ucayali y Tapiche. Le acompañan solo tres personas. Surca el Tapiche, entra en el río Blanco y explora el Gálvez. Sus arrestos misioneros quieren emprender la evangelización de esta apartada y peligrosa zona, donde los indios tienen fama de ser feroces y sanguinarios. Su espíritu sufre, pero se ve precisado a regresar al punto de partida, sin que le sea posible quedarse en esos parajes por más tiempo, para acercarse a la civilización y a la fe a los tan temidos indios. Otro misionero, el P. Enrique Leuque, trató de realizar la hazaña, pero al poco tiempo tuvo que abandonar la empresa, por peligrar su vida.

El mismo espíritu explorador que le había incitado a conocer los rincones de la zona del río Tapiche, le llevó, en muchas oportunidades, a explorar muchos otros afluentes del Ucayali, encontrando la mayor de sus satisfacciones en ir cada vez más adelante, más allá. Parece que en su sangre llevaba el espíritu del Quijote, vale decir el de todo español.

Al hacer tan breve recuento de la vida del Padre Agustín López, creo que vale la observación siguiente: Si algún defecto tiene el espíritu franciscano es el de la modestia, y perdonen si llamo defecto a lo que, en realidad es virtud. Digo esto, porque hombres de la talla moral, cívica y patriótica del Padre Agustín, son pocos, y sin embargo nadie se dió tan poca importancia y nadie vió en sus hechos y hazañas tan poco mérito como él mismo. Por eso su vida transcurrió en la mayor obscuridad, ante la publicidad y la propaganda. Sabemos que eran sus miras más altas, pero en el ambiente moderno las cosas se miran con otra clase de lentes; por eso su obra no es tan conocida cual conviniere.

Sin embargo, el Gobierno Peruano, el pasado año, ya cuando la vida de este benemérito burgalés hacía casi tres lustros que se había extinguido,

le ha concedido, junto con algunos otros, también españoles, una condecoración póstuma por su obra «verdaderamente meritoria en la Selva Peruana».

Con esta sencilla exposición, que si tiene algo de mérito es la de haber sido lo más sucinta posible, quiero terminar la semblanza de este misionero gigante, que aunque ha vivido y actuado en nuestro siglo parece de tiempos legendarios, para honra y prez de la tierra burgalesa que le vió nacer y crecer, y la pueda honrar en su ya gloriosísima historia.

* * *

Ilustres miembros de esta docta Institución burgalesa; una noble finalidad que se impone es vuestro imperativo: vivir y revivir las glorias históricas de Burgos para alumbrar nuestro pasado glorioso, estimular el presente prometedor y proyectarse en el futuro de prosperidad y grandeza. Me dispensaréis que no haya hecho otra cosa que aportar unas insignificantes notas a la ya voluminosa historia de nuestro acervo histórico, sacrificando detalles y aún nombres en gracia a la brevedad; pero espero me sepáis perdonar si termino manifestando mi ferviente deseo, que no puedo callar a fuer de buen burgalés: No debemos dormirnos sobre nuestros laureles, que harto sueño ha puesto el burgalés sobre ellos, sino despertándolos de la tumba del olvido, convertirlos en acicate para emular pasadas hazañas y glorias.

Burgos y Castilla han sido y son paladines de excelsa hispanidad, forjadores de auténtica nacionalidad. La investigación, el conocimiento y los estudios de los hombres y de los hechos de Burgos, darán a conocer y enaltecer sus propias glorias, sin menoscabo de las otras provincias y regiones, pues éstas y aquéllas son todas de la común madre España, la bien llamada en América la Madre Patria.

No puedo menos de felicitar y agradecer al Dr. José M.^a Codón, y a la Institución Fernán González, por su labor en extender, a base de conocimientos históricos, tantas inmarcesibles glorias de Burgos, y en estimularnos a todos a ser dignos continuadores de los que aquí y en cualquier parte del mundo son honra y prez de nuestra provincia.

Me uno a esos nobles empeños de vuestra benemérita Institución, y con el afecto propio de la tierra natal, doy fin a estos frutos de un paciente y minucioso laborar, que rinden merecido homenaje a un conjunto de buenos burgaleses.

FR. LUIS V. ARROYO, O. F. M.

Ob. Vic. Apost. de Requena-PERÚ.